

DE LIBROS

PASADO Y PRESENTE: UNA CONVERGENCIA

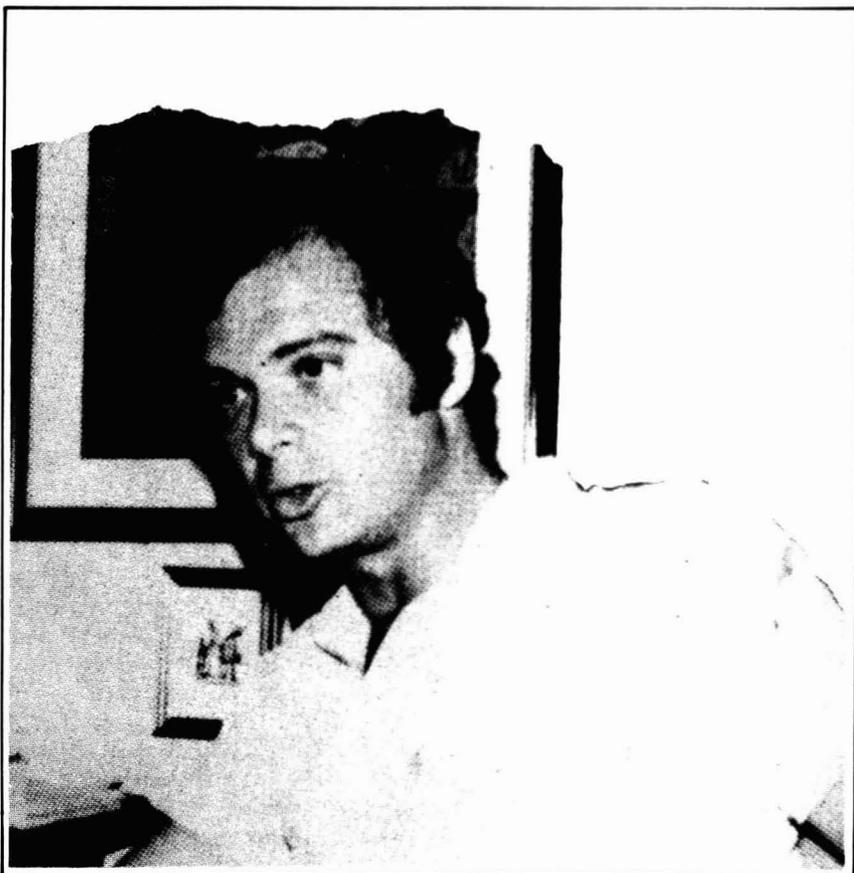
Los diez textos reunidos por Enrique Krauze en su libro *Caras de la historia* revelan un gusto por los juegos de palabras que ya se manifiesta en el título: hay "la historia como proceso vital y la historia como ciencia o género literario", y en consecuencia tenemos por un lado los rostros de algunos personajes auscultados por el autor (Federico Gamboa, Torri, Vasconcelos, los integrantes de las generaciones que se distinguen en lo que va del siglo en el país) y por otro las distintas maneras de practicar la historia, es decir de escribirla, pero también de leerla, porque, salvo los dos últimos, estos textos son reseñas de libros. Los primeros cinco se relacionan sobre todo con el segundo de los sentidos del título mientras que los cuatro siguientes más bien responden al primero y el décimo es más ambiguo; además, de los primeros cinco, los dos iniciales tiene un carácter teórico y general mientras que los otros tres son mucho más concretos. Todo el volumen, en realidad, se abre como una escalera cuyos escalones se desdoblarán en un momento revelando nuevos peldaños, por lo que el libro es también comparable a un acordeón.

Esto se puede apreciar ya en el primer ensayo, donde se plantea la oposición entre los que buscan el conocimiento del pasado para utilizarlo de algún modo en el presente y los que piensan que es interesante por sí mismo; éstos buscan "el cuándo, el qué y sobre todo el cómo de los hechos, y pierde(n) poco el tiempo en rastrear los infinitos porqués de lo que existe", mientras que a los otros se les acusa por su especial interés en la casualidad de "abstraer los acontecimientos de su contexto para organizarlos como mejor convenga a un sistema explicativo previo que nada tiene que ver con el sentido original de los

hechos y sus protagonistas". (Esta actitud pragmática se desdobra, por lo demás, mostrando dos caras: la reverencial, que recoge los acontecimientos que suelen moldear estatuas y celebrarse en fiestas patrias, y la crítica, que se encarga de demoler y abolir.) La disyuntiva que se presenta primero de un modo teórico se replantea en seguida en relación con los ensayos editados por Alejandra Moreno Toscano en *Historia, ¿para qué?*, donde, por un lado, se alinean los que piensan, como Florescano, que en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado antes que científica, ha sido primordialmente política, y los que encuentran muchas otras motivaciones; Krauze reivindica con ellos el amor a la verdad. "Verdades sobre la mentira" es una reseña del libro de Bernard Lewis, *La historia recordada, rescatada, inventada*, que parece apoyar la tesis enunciada por Florescano acumulando pruebas pero que, paradójicamente, demuestra que el historiador (en este caso Lewis) puede no tener una motivación política y trabajar científicamente.

Los tres ensayos siguientes se opo-

nen de una manera distinta. "Mascarada histórica" es una reseña de *México, el trauma de su historia*, de Eduardo O'Gorman, en el que éste atribuye el conflicto entre liberales y conservadores a un malentendido: ambos querían los beneficios de la modernidad, pero no la modernidad misma; ese conflicto oculta el verdadero problema: la diferencia entre Iberoamérica y los Estados Unidos, que es resultado de la diferencia entre catolicismo y protestantismo. La tarea de O'Gorman es reductora, encuentra lo que hay de común detrás de la aparente diversidad; en cambio, Jean Meyer, en *La revolución Mejicana*, muestra que "los zapatistas no son iguales a los villistas, ni éstos parecidos a los carrancistas" y que por eso "no hubo una sino varias revoluciones mexicanas, luchando entre sí o sobreponiéndose como aluviones", con lo que rompe con la versión oficial; además, enseña la manera en que la lucha perturbó la vida aldeana y la de la clase media urbana, es decir la cara oscura de la Revolución y ésta contrasta, a su vez, con *Los días del presidente Cárdenas*, aclarados por Luis González. Por



Enrique Krauze

▲ Enrique Krauze: *Caras de la historia*. Joaquín Mortiz, México, 1983.

otra parte, este libro se diferencia de los anteriores por su escepticismo; O'Gorman escribe convencido y Meyer lo hace con vehemencia; en cambio, y en el libro de Luis González, "en vez de porque (el lector) hallará un quizá, en vez de seguro, dizque; en vez de siempre, según y cuando; en vez de así, tal vez, puede ser, sepa Dios". Aquéllos manejan los hechos para demostrar algo, éste sobre todo quiere mostrar. Por otra parte, el libro de O'Gorman se opone a los otros porque "es la única historia de México sin fechas, acontecimientos, instituciones, batallas, cronologías, procesos económicos y sociales, notas de pie de página, bibliografía y donde el número de personas citadas no llega a cinco"; es un libro más abstracto que los otros, con los que hay una gradación: en O'Gorman casi sólo hallamos algunas tesis, en Meyer hay tesis apoyadas por hechos, en Luis González casi no hay tesis o están subordinadas a los hechos y no al revés.

De los siguientes textos, "Cuatro estaciones de la cultura mexicana" se distingue de los tres que lo preceden —"Un porfirista literario", "Nuestro hermano el diablo" y "El regreso del Ulises"— porque no es una reseña sino un ensayo y también porque en vez de individuos trata de generaciones; es por eso un trabajo propiamente histórico, mientras que los otros se refieren a biografías y géneros afines: el diario y la correspondencia. En "El regreso del Ulises", Krauze analiza *Se llamaba Vasconcelos*, de José Joaquín Blanco, y *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, de John Skirius, que contrapone, debido, entre otras cosas, a que Blanco "recorre los libros de Vasconcelos, pero ignora prácticamente toda la hemerografía, archivos y bibliografía secundaria", mientras que para escribir un libro de menos páginas —doscientas contra doscientas treinta y cinco— Skirius "entrevistó varias veces a 37 personas; husmeó 14 archivos en México y Estados Unidos; hojeó 7 diarios americanos y otros tantos mexicanos; leyó la obra completa de Vasconcelos (17 libros); fichó 108 artículos periodísticos escritos por el Ulises entre 1924 y 1934 y consultó escasas 163 obras secundarias: libros, hojas sueltas y artículos"; además, Blanco reescribe prácticamente toda la vida de Vasconcelos, aunque se concentra en los mismos periodos sobre los que éste ya había escrito, y Ski-

rius se limita a un periodo comprendido entre diciembre de 1927 y marzo de 1930 despachando en un capítulo introductorio los primeros cuarenta y cinco años de la vida de su personaje. Por último, Blanco incurre en algunas interpretaciones caprichosas que Krauze rechaza, si bien no deja de reconocer algunos aciertos, en tanto que, "siempre medurado, Skirius se niega a ensayar grandes interpretaciones en torno al vasconcelismo y casi ninguna sobre Vasconcelos". La comparación de estas obras puede parecer poco piadosa, pero es escrupulosamente justa y uno sólo lamenta que Krauze no comente también el libro de Hugo Pineda sobre el mismo periodo que trata Skirius y la tesis de Claude Fell sobre los tres años de Vasconcelos en el Ministerio de Educación.

En los otros textos de esta parte encuentro una oposición tal vez involuntaria, pues al comentar la selección prologada y anotada por José Emilio Pacheco del *Diario* de Federico Gamboa, que "nos ahorra la lectura de los cinco tomos originales sin restarle interés y equilibrio" y en la que Krauze encuentra una "combinación de piedad, pulcritud y fidelidad histórica", éste pregunta por qué no se orienta la investigación académica a este tipo de empresas editoriales; sin embargo, en el siguiente artículo sólo se menciona "una edición francesa" de la correspondencia Reyes-Vasconcelos, el hecho de que el Fondo de Cultura Económica prepare una edición de la de Reyes y Henríquez Ureña, así como que "la misma editorial publicó el año pasado *Diálogo de los libros*, cuya sección final reproduce las cartas entre Reyes y Torri", pero no dice nada de los editores de estos epistolarios, y esto me llama la atención porque, por ejemplo, Serge I. Zaïtzeff se ha dedicado precisamente a este tipo de trabajo y, además de los textos del *Diálogo de los libros*, reunió y editó en un volumen publicado por la UNAM varios artículos desafortunadamente bastante repetitivos sobre ese humorista mexicano cuya principal obra es quizá la leyenda que tal vez sin darse cuenta contribuyó a forjar con algunos críticos que por lo general no pasan de hablar de su perfeccionismo y de la brevedad de sus textos y que sólo de vez en cuando nos obsequian alguna anécdota hasta entonces desconocida y que muy bien podría ser apócrifa. Como lector de la co-

rrespondencia, Krauze contribuye primero a la leyenda señalando algunas vetas que Torri no explotó —"Es una lástima que Torri no integrara a su literatura esas 'infames aventurillas'... a Torri le faltó también integrar su negatividad literariamente, hacer literatura de mala leche, criticar"—, pero al final observa que "además de ser un espléndido motivo literario, la esterilidad es, también, esterilidad".

El último texto es a la vez sobre un personaje y una manera de escribir la historia porque se trata de una reseña del sexto informe de López Portillo en el que éste admitió ser responsable del timón, pero no de la tormenta; Krauze demuestra que pudo no tener la culpa de ésta —"Todos fuimos víctimas o cómplices de la alucinación (petrolera)"—, pero sí de encallar la nave porque "el Plan (de Desarrollo) y el Informe comparten un fetichismo de la inversión y el crecimiento como fines en sí mismos", cuando "es obvio que crecer, invertir y emplear son metas deseables, pero el problema es cualitativo: *cómo, a qué precio, para qué*". Así, Krauze rechaza la pretensión de López Portillo de que había que aprovechar el petróleo para acelerar el desarrollo del país aumentando la deuda externa; además, le reprocha haber olvidado a los marginados y especialmente al campo y permitido la corrupción y la fuga de divisas, de tal modo que la estatización de la banca resulta una jugada cuya utilidad económica es incierta, pero cuya utilidad política fue inmediata. Por eso el texto presenta y rechaza una versión de la historia y se opone en cierta forma a todos los demás porque lo que se muestra aquí es una desfachatez. (Hay allí, además, unas líneas en que Krauze bosqueja lo que podría ser una historia de la corrupción en el país, el germen de un libro original y que hace falta.)

En resumidas cuentas, *Caras de la historia* no es una recopilación cualquiera de reseñas sino un conjunto de textos inteligentes que constituyen un repertorio de lo que puede hacer un historiador y es también una escalera escheriana por la que al mismo tiempo que se desciende de la teoría a las prácticas, el lector se remonta desde la confusa lucha de conservadores y liberales hasta la crisis del presente y el porvenir esperanzado.

Juan José Barrientos